

o despierte nuestra capacidad de enamorarnos. El hecho de que alguna vez amemos y nos tatuemos con la certeza de reconocernos en otro, es lo que muestra que el hombre no es un ser inútil, una máscara hierática ante la vida. Ezra Pound nos lo recuerda: «si no hay amor la casa está vacía», y somos fantasmas errantes en los estrechos límites de una conciencia tiránica.

El amor hace del deseo la más bella imagen a la que el hombre pueda aspirar: «Aspirar al ser y no a la salvación del yo» (Octavio Paz).

Sería muy difícil o imposible la tarea de delimitar en nosotros comienzos y términos de estados, sensaciones y pensamientos que nos han llevado a ser lo que somos. De igual manera no podemos decir que la poesía de Molina tenga un comienzo y un final, cierta linealidad. No hay comienzo: asistimos a una inserción (un injerto) del lector en un tejido del lenguaje. De su capacidad para vivir en este tejido dependerá que el poema se resuelva en visión de lo otro, o por otra parte, que no entendamos nada, que nos quedemos en las puertas de ese mundo que siempre está a la espera del lector para ponerse en funcionamiento. La poesía de Molina, por la tremenda acumulación de imágenes vívidas, por limitarse a describir el mundo como si las palabras estuvieran saltando de las cosas, de las relaciones, pone a la crítica en un grave aprieto. La poesía en general lo más que soporta es una tentativa del lenguaje discursivo por acercársele. El discurso quiere atraer a los versos y para ello muchas veces se poetiza, convirtiéndose por ello en un puente desechable una vez alcanzado el poema. En ocasiones la crítica permanece en su función racionalista queriéndonos dar cuenta de lo que pasa en el poema; pero a pesar de las aclaraciones que esta última nos aporta, al enfrentarnos con la poesía estamos (o hemos de estar) solos ante la aventura de leerlo. Como en los ritos iniciáticos, la prosa (profana) sólo puede preparar, limpiar el cuerpo y la mente del neófito, del aspirante; a partir de aquí de nada vale volver a esos pasos: nos hallamos en soledad ante el texto. Es el momento de dar el salto mortal, de lanzarnos al otro lado, a la otra orilla: lugar de encarnaciones y revelaciones.

A Molina se le ha objetado el uso de ciertas imágenes sin sentido, sin validez poética, galimatías, etc., muy propios, por otra parte, de la poesía más joven de nuestro país. Y es cierto que a veces siguiendo la tradición surrealista une unas imágenes excesivamente lejanas entre sí, que producen otra nueva en la que nos cuesta reconocernos. El mismo crítico que le hace esta objeción, y a quien no tengo ganas de nombrar por su virulencia y autosuficiente comentario de la poesía de Molina, cita estos versos como ejemplo de lo que hablamos:

extraviado en los restaurantes de los tejados,
bajo la mañana sin oficio.

Nunca me había detenido en lo paradójico de *restaurantes de los tejados*, y siempre lo entendí. Puedo recordar que veía o sentía el abandono de hallarme en los tejados (fuera de la circulación normal) almorzando una sardina, mientras abajo, en los restaurantes callejeros, el mundo seguía su curso lógico, oficio incluido. Sin duda alguna me parece una frase que habla de la errabundez, de estar ajeno a la ciudad. A veces este estilo de frases parecen traídas a la página por esa *mirada de pulpo de la memoria* de la que nos habla el poeta. Aparecen hoteles, líquidos grasientos, caderas que giran in-

termintemente, proas de barcos, delirios, sueños, frustraciones, trenes con adioses lentísimos, fantasmas, crujidos de las maderas mientras alguien se desviste, familias con vajillas relucientes como sus miserias, y orgullo, abandono, folletines, cabelleras entrando en el sueño... Todos los temas de su obra están en un solo poema, en cualquiera de ellos. Poemas para ser leídos hasta que algo nos detenga en mitad de una frase. Molina siempre ha escrito sobre lo mismo, y lo mismo se abre desde un centro pasional hacia un mundo de lejanías.

Más bellos que cualquier triunfo o plenitud son el fracaso, la separación, la fatalidad. El hombre es para nuestro autor una criatura (soy consciente de la reiteración de este término) sellada para siempre con el fuego de la distancia. Una y otra vez Molina vuelve la mirada (mirada oblicua) sobre la familia y su extraña felicidad. Un día salió de allí y creció en él *el lento idioma indomable de la pasión por el infierno*. No encontramos en su obra la exaltación de la unidad, como ya hemos dicho, pero sí la aceptación de una fatalidad: el hombre (ser disperso por excelencia) sólo llega a serlo, a unificarse, a encontrar su sentido, gracias a la ejecución de actos pasionales, por esa llama del deseo que nunca encuentra su objeto. No lo encuentra, pero lo vislumbra, lo ve; es sacudido por esa presencia enigmática:

Pero sólo una vez sólo una vez
 Juega el amor sus dados de ladrón del destino:
 Si pierdes puedes saborear el orgullo
 De contemplar tu porvenir en un puñado de arena.

Una y otra vez el poeta nos recuerda la fatalidad de nuestros actos. Hay una pregunta, ingenua, que a veces me hago leyendo a Molina: ¿Hay alegría de vivir en su poesía? No podría contestar afirmativamente, pero creo que sí es cierto que hay gozo de vivir. Hay amor a la vida, sin duda; pero cuando ésta gira bajo la égida de un deseo desmesurado, el dolor y la angustia de ese continuo querer marcan el rostro con los signos del drama. Pero he aquí su orgullo: *nunca hombre ni mujer se destruyeron tan apasionadamente en el esplendor de su amor*. El mundo, como afirma André Coyné, es para Enrique Molina, el cuerpo de la mujer: cuerpo adorable, pero también ilusorio, lejano, imposible. Sólo por medio de la pasión o el abandono el ser se revela por un instante y

todo despierta nuevamente con la tensión mortal de
 la bestia que acecha en el sol de su instinto
 todo vuelve a su crimen como un alma encadenada a
 su dicha y a sus muertos.

El hombre de la poesía de Molina *es alguien que toma un tren*, alguien en una habitación de paso por cuya ventana desmesurada se ve el mar. Una habitación de Cabofrío, en la costa peruana o en cualquier otro lugar tocado por la luz del trópico. Digamos de pasada que la ciudad no aparece en los poemas de Molina, sí la naturaleza unida a esos cuartos resquebrajados con historias de amor y noches de lujuria tormentosa. Ante un extraño desayuno —como Proust ante su magdalena— nuestro poeta recuerda su historia de desamparo: *las noches de amor con su naufragio fosforescente*, los años *consumidos al estertor de historias atravesadas por fantasmas*. Es un lugar extraño; la memoria —y todos los gestos de una sensibilidad torturada— le acosa. Pero

como ya hemos dicho hay un fuerte amor por ese extravío. Y es que se aman los abismos y las sombras tanto o más que la luz. Sabido es el desprecio de muchos grandes poetas por la felicidad, por lo luminoso o claro. Al parecer, en la noche oscura, hay un día más claro que hace decir a Novalis que «el que ama debe sufrir eternamente el vacío que le rodea y conservar abierta su herida». En el caso de nuestro poeta esa herida está abierta, y de ella mana una poesía que nos devuelve la antigua certidumbre de los límites. No una constelación feliz, sino una visión del amor y del desamparo, de la memoria y su baúl de fetiches, del deseo y sus espectros. Un continuo querer ser, con toda la angustia que esto conlleva, caracteriza su obra.

El *corazón sin principios* del poeta tiene ciertos principios. En *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, Molina nos muestra cuál es su ética y su estética. Camila es una joven que en tiempos de Rosas,² el tirano, huye con Ladislao Gutiérrez, un sacerdote que sintió el cuerpo de Camila tan sagrado como su Dios. La familia de ella los denuncia y son perseguidos, capturados, y finalmente fusilados. Nuestro poeta se pregunta por qué ellos precisamente, en una sociedad de ladrones y asesinos, reciben la pena máxima. La respuesta es rápida. Ellos representan los valores de la poesía, son *fuego libre*; y no hay alarma mayor para una sociedad que esa llama que pone en duda el artificio social fundado en la descomuniación de los hombres agrupados. Al responder a ese hecho acaecido en 1848, Molina responde a la injusticia aún más terrible de nuestro tiempo. Esa heroína que momentos antes de ser fusilada no reniega, sino que reivindica su acto amoroso, es para el poeta un ser arquetípico: «Son —nos dice— los elegidos, los dueños de una desdicha terrible, en el desamparo infinito de todo amor». El amor es una provocación sin medida. Su cuerpo, extendido sobre la hierba o centrado en otro cuerpo, nos revela esa agua primera, esa antigua y siempre nueva canción hecha de mar y viento. El mundo, todas nuestras ciudades, sus historias, sus calles, libros, hombres y mujeres no valen nada si no hay entre ellos alguien que pasea solitario por el laberinto: desvivido, soñando con otra persona, con las otras manos. Esta ciudad de varios millones de habitantes sería nada si no fuera porque en una habitación olvidada una pareja repite el gesto más asombroso que pueda darse: reconocerse en otro, olvidarse de sí mismo en la tensión hacia el otro y encontrar en esos brazos lo que quizá no habíamos buscado, la vida. Un gozo más profundo que toda la alegría.

Antes de que fueran capturados, Camila y Ladislao fundaron una escuela —la primera de ese pueblo—. No es azar sino resultado lógico de la sensación que los invade. Molina con su interpretación poética de los hechos nos cuenta cómo eran las clases. «¿Qué es un lago», preguntaron. «Camila les enseñaba entonces el significado por asociación directa: tomaba entre sus dos manos uno de sus pechos y avanzaba hacia los alumnos, que veían cada vez más próximo, más imperial a medida que se desplazaba hacia ellos; lo tocaban, pasaban fascinados los dedos por la punta del pezón, restregaban sobre su sedoso volumen las mejillas y la boca, lo olían, veían a través de él una blanca llanura de leche, las nubes y la luna; aprendían que esa forma cálida, redondeada, terminada

² La obra poética de Enrique Molina está publicada en Monte Avila Editores, *Obra poética*, 1978, donde se recogen los poemas escritos hasta esa fecha. Hay una antología, agotada, en la editorial Ocnos, *Amantes antípodas y otros poemas*, 1974 (antologadas y prologada por André Coyné); *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, Seix Barral; *Los últimos soles*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1980.